

COLECCIÓN
EL VOLCÁN
Juvenil

Faycán

Memorias de un perro vagabundo

Víctor Doreste



ANAYA

Faycán

Memorias de un perro vagabundo

*Para la explotación en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas y actividades
a disposición del profesorado en nuestra web.*

© Del texto: Herederos de Víctor Doreste, 2007

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2007
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, mayo 2007

Diseño y cubierta: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-667-6404-9

Depósito legal: M. 16110/2007

Impreso en ANZOS, S.L.

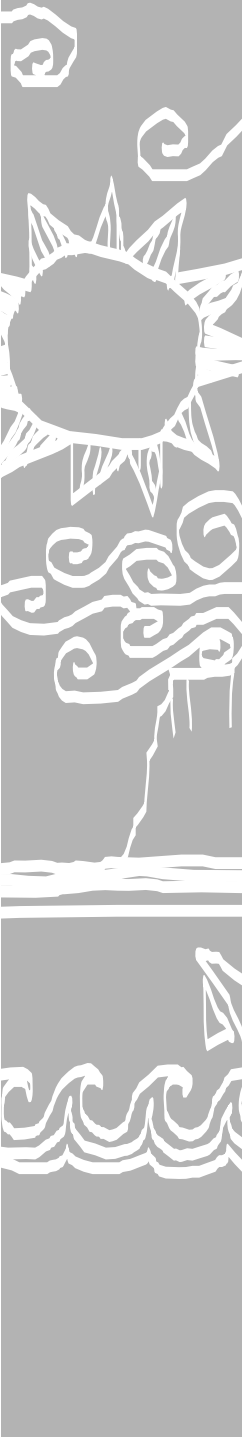
La Zarzuela, 6

Polígono Industrial Cordel de la Carrera
Fuenlabrada (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Faycán

Memorias de
un perro vagabundo

Víctor Doreste

ANAYA

Este libro no tiene prólogo, pero sí umbral.

El prólogo ideal sería aquel que se escribiera sin conocer el libro. Si al leer una novela se nos ocurren ciertos juicios, ¿por qué adelantarlos? ¿Constituyen acaso un prólogo o son en realidad un epílogo? No pongamos la veleta en el sótano.

El prólogo debería escribirlo nuestro mejor enemigo. Yo le he buscado, pero... no sabe escribir. Por el contrario, mis amigos escriben tan bien que harían desmerecer mi prosa. Y esta es la razón de que este libro nazca desamparado, sin trompetas ni amicales clarinadas, sin padrinzgo bautismal, enteco y ladrado, como la luna.

VÍCTOR DORESTE

Las Palmas de Gran Canaria, agosto de 1944.

PRIMERA PARTE



Capítulo 1

No sé el tiempo que llevo husmeando desperdicios y aguantando pacientemente los punta-piés de los hombres y las pedradas de los niños. Solo sé que ya presiento la hora en que mis pobres huesos han de relucir en algún sucio estercolero o sumirse en las sombras de alguna íntima botonadura.

Terribles pesadillas me atormentan, en cuanto me tiendo en el duro suelo que el destino me depa-
ró por lecho. Me veo tendido sobre el pedregal de la
playa. Un enjambre de moscas zumba sobre mi cuerpo
terriblemente quieto. Mi rabo inmóvil no puede
trallarlas. Las verdes, liban en mis ojos el cuajo de la
muerte. Las pardas, obscurecen el rojo de mi herida,
la herida del perro vagabundo, la pedrada. Cuando
me despierto, recuerdo aquella sentencia que los
hombres aplican a las horas, y que nosotros, los po-
bres perros, podíamos dedicar con mayores razones
a las piedras: *Todas hieren; la última mata.*

Otro síntoma de que mi perra vida está tocando
a su fin, aparte de mi desollado rabo, es una fuerza

imperiosa que engarza mis recuerdos y me llama a contar mi humilde vida aventurera.

Si no hubiera tenido la dicha de conocer a Cicerón y a nuestra alegre pandilla, no me hubiera decidido, seguramente, a relatar los episodios de mi insignificante existencia. Pero Cicerón sí es digno de pasar a la perruna posteridad. Conocía como ninguno los secretos de nuestro tierno y fiel corazón; nos enseñaba la medida y el límite en que debíamos servir y amar a los hombres y la manera de distinguir las yerbas que curan nuestras enfermedades. Y, sobre todo, nos enseñó la verdadera historia de la Caninidad.

La vida y enseñanzas de este insigne ejemplar de nuestra raza son, más que mis propias aventuras, la razón que me impulsa a contar mis memorias, a veces tristes, a ratos alegres, pero fiel retrato de lo visto y exacto eco de lo oído.

* * *

Empiezo por aclarar que no es empresa fácil para un perro desnutrido y senecto hilvanar sus vagos recuerdos. He de añadir, también, que unas veces contaré lo pasado como sucediendo y otras, desde el ahora, el tiempo contemplando.

Nosotros, criaturas de nuestra raza —y esto lo ignoran los hombres—, somos seres de muy flaca memoria. ¿Cómo, si no, podríamos perdonar y hasta querer a los terribles niños, a los hombres des-

piadados y al amo despótico? Les perdonamos, porque olvidamos sus agravios. Solo se es rencoroso cuando se recuerda con clara precisión. Su buena memoria hace vengativo al hombre. ¿Cómo podríamos perdonar, si no, al vil y eternamente sentado constructor del arma por nosotros más temida? Me refiero a la bota del hombre, nuestro mayor azote después del guijarro canicida.

Recuerdo que, un día, Cicerón nos explicó con aquella claridad por ningún perro igualada, que el cruel zapatero era nuestro mayor enemigo. Antes, todos los perros creíamos que este ogro construía el arma terrible para que el hombre no sufriera el duro contacto de la piedra. Pero Cicerón nos hizo ver las cosas de distinta manera. Pluto, un perro que sabía mucho también, intentó contradecirle. Pero Pluto pertenecía a la vieja escuela; y prevaleció por una mayoría aplastante el criterio de Cicerón: «El día que los hombres caminen descalzos por el asfalto y se calcen en los pedregales de la playa, defenderé el punto de vista de Pluto. El hombre se calza, por el contrario, en los lugares asfaltados; y lo hace así, porque en ellos no encuentra el guijarro oportuno con que herir nuestros débiles lomos. Sin embargo, en los temidos pedregales de la playa, arsenal inagotable y descalabro de nuestra raza, el hombre anda descalzo sin sentir el dolor al hollar la puntia-guda piedra». Y terminaba: «No sabemos quién construye las piedras; las botas, sí. Y yo le acuso como el mayor enemigo de nuestra noble raza».

Cuando Cicerón nos regalaba con alguna de estas peroratas, solía quedarse con sus largas orejas gachas y su venerable y desollado rabo en silencio. Nosotros agitábamos nuestra alegre extremidad en señal de alborozo y asentimiento; mientras, Cicerón tomaba resuello y continuaba enseñándonos cosas siempre nuevas y sorprendentes.

* * *

Pero ya es hora de que cuente algo relacionado más directamente con mi criatura.

Mi madre era de pura raza canaria y estaba muy orgullosa de ello. De mi padre no puedo hablar. Según Pluto, los perros no tenemos padre; y los tíos son muy dudosos. Cicerón llegó a hacernos poner esto en tela de juicio. Más adelante, expondré las razones que aportaba a su argumento.

Para nosotros —esta era la manera de pensar que teníamos entonces— es y creo que será siempre un misterio el que los hombres tengan padre y madre. Habíamos notado, eso sí, que, cuando alguno de nosotros tenía una amistad íntima con alguna compañera y nacían unos cachorrillos, solían estos tener nuestras propias manchas. Pero muchas veces no ocurría esto. Y aquí se apoyaba Pluto para echar por tierra la argumentación incomprensible de Cicerón. Cuando nació aquel famoso perro de las dos cabezas, la cuestión quedó zanjada por algún tiempo en favor de Pluto. «Quién era el padre

de este perro?», le preguntó a Cicerón. Y este, por primera vez en su vida, no supo qué contestar.

Estuvimos buscando por toda la isla al perro de las dos cabezas, pero todo fue en vano. Cicerón no se dio por vencido. «La madre», decía, «tampoco tiene dos cabezas...». «Pero no cabe duda que lo es», le contestamos. «Evidente, evidente...». Y se rascaba, contrariado, una oreja.

Más adelante, he de contar la memorable sesión celebrada en su amplia y confortable cueva, en la que nos reveló el tremendo misterio.

Quedamos en que mi madre era de pura raza canaria; y tan parecida a mí que, cuando fui grandecito, me confundían nuestros propios compañeros. Este parecido llegó a darme serios disgustos, pues algunos se permitían ciertas libertades, que se dirimían a mordiscos, hasta que quedaba deshecho el error. Que yo sepa, no he tenido hermanos. Sin embargo, abrigo sobre esto algunas dudas. Los primeros recuerdos de mi infancia van unidos a un perrillo que mi madre cuidaba con igual solicitud que a mí. Con él comía; y mi madre nos lavaba a los dos con su larga y aterciopelada lengua. No puedo recordar cuándo le vi por última vez; pero esto debió suceder, seguramente, en una ocasión en que mi madre apenas paraba en la cueva que nos servía de albergue, hasta la llegada de aquel terrible perro de seis dedos que nos desahució con sus afilados colmillos. Mi madre estuvo algún tiempo sin probar bocado alguno, hasta que un día apareció con un her-

moso hueso con tuétano que puso fin a su ayuno y seguramente a su tribulación.

Un día, en las inmediaciones del mercado, lugar para nosotros predilecto, me creí encontrar de pronto ante un charco de agua.

«Ante un charco, nos vemos a nosotros mismos», nos había enseñado Cicerón. Moví mi rabo, pero mi imagen lo mantuvo quieto. Probé con las orejas; y cuando las bajaba, la imagen hacia lo contrario. No estaba delante de un charco. Estaba delante de un perro. Pero de un perro que era yo mismo. Me acerqué a él; y al olerle, le encontré un cierto tufillo de familia. Iba pulcramente lavado, con un hermoso collar rojo y un ridículo cascabel. Su actitud para conmigo fue de estúpida altanería. Moví mi rabo en señal de amistad, pero él lo mantuvo quieto y disparó sus orejas. Yo sentí desprecio por su collar de esclavo. Era yo entonces, y lo fui durante mucho tiempo, un perro vagabundo e independiente. Cuando me disponía a enseñarle los dientes, un fuerte silbido le hizo cobardemente desaparecer. Era... ¡el amo! Yo me fui contento al barranco. Muy contento de mí mismo, de mi pobreza y de mi libertad.

COLECCIÓN
EL VOLCÁN
Juvenil

Faycán es un perro vagabundo que merodea por la plaza del mercado y el barranco. Tiene una pandilla de lo más alegre y audaz, y sueña con ser feliz sin perder nunca su libertad. No quiere amo, ni que los chiquillos tiren piedras a los perros, ni que los hombres les peguen puntapiés con sus grandes botas. Faycán venera a sus antepasados, los que lucharon con valor cuando el hombre holló el canino suelo; y sabe que no se verá libre del desamor ni de los malos tratos hasta el día en que —como les ocurrió a sus gloriosos antepasados— su carne trémula se convierta en bronce.



ISBN 978-84-667-6404-9



1558031

ANAYA